

La deriva de Medea

Mariana Dimópulos se suma con *Pendiente* al colectivo de escritoras que toma la palabra para quebrar tópicos sobre el aura afectiva que rodea a la literatura femenina

Por Marta Sanz

NARRATIVA. DE UN TIEMPO a esta parte, las escritoras toman la palabra y hablan de deseo, cuerpo, maternidad y familia, sentimentalidad y sexualidad. La aproximación al género y a sus valores culturales se convierte en una opción política que rehúye esencialismos y frases hechas. La carga histórica de los relatos que han influido en la vida cotidiana y la vida cotidiana que ha inspirado los relatos sobre lo femenino, la relación entre la realidad y sus representaciones, se abordan hoy desde las grietas del discurso. Desde la revisión de los tabúes que condicionan el *deber ser* de las mujeres. Y de su escritura. En España, Belén García Abía sorprende con *El ciclo oblicuo* (Errata Naturae) y, en Argentina, Ariana Harwicz escribe *La débil mental* (Mardulce), un texto más vivido que miméticamente autobiográfico. Se instaura un punto de vista que, si bien no es inaugural, ejerce de contrapeso frente a un marbete de "literatura femenina", producida tanto por mujeres como por hombres, que quizá hoy constituya la literatura conservadora por antonomasia: la liberación de las mujeres se confunde con la hipersexualización, el *upper-sex*, la violencia quirúrgica, el *soft-sado* y el *bondage*. Se configura otro tipo de comunidad lectora frente a esa mayoría que lee *Cincuenta sombras de Grey* y se siente parte de un grupo de consumo literario que desanuda *rompedoramente* las representaciones sexuales femeninas.

Pendiente
Mariana Dimópulos
Adriana Hidalgo
Buenos Aires, 2013
145 páginas
14 euros

En este ámbito, una serie de escritoras toma la palabra para quebrar tópicos sobre el aura afectiva que rodea al género. Quebrar tópicos sobre las rutinas eróticas de una feminidad estandarizada pasa por violentar, en la medida de lo

posible, los lenguajes heredados y sus esquemas convencionales. Esa es la empresa que acomete la argentina Mariana Dimópulos en *Pendiente*: ahondar en las capas basales del conflicto de género, rasgando con un cuchillo la epidermis, igual que se agujerea la caja de zapatos en la que se ha metido un gatito. Si leen el texto, comprenderán que mi metáfora no es casual.

El hilo clásico del relato se pone en tela de juicio a través de una voz que no responde a las expectativas de su femi-

tampoco, ni dejaría lágrimas en ningún hombre que no lo mereciera, ni tendría hijos, ni atendería ningún otro llamado de la naturaleza, si es que la naturaleza llamaba". Sin embargo, cuando la narradora no tiene hijos con el hombre que lo merecería, afirma que no es una mujer. Pero lo es, aunque nos eduquen o para parir o para ser hombres, y de ese desajuste nazcan dolor y desconcierto. Dimópulos problematiza la feminidad y coloca su contradicción básica en un compromiso con la perpetuación de la especie que para el hombre no es una exigencia.

La autora nos desgarrar un poco más porque con una prosa cortante y salvaje habla de mujeres que no lo son por el amor incondicional a sus criaturas, sino por un miedo atávico: el de ser abandonadas, como una perra en mitad de una ruta, por el hombre que aman, por esa "naturaleza volátil de un hombre, si se lo quiere y se lo tiene apenas". Entonces las mujeres se transforman en Medeas y la

naturaleza deja de ser un argumento. Dimópulos circunda esa condena y ese dolor—físico y cultural, las dos cosas a la vez— con contadas y sencillas metáforas: bebés, gatos, cajas, nadar por el Tigre, la sequedad del desierto, el sexo endogámico, la violencia de una relación feliz, la actividad frenética—la impostura— que exigen esas felicidades... Dimópulos comunica sensaciones complejas con imágenes precisas que nos colocan en un filo de incomodidad: "Entre el derecho de tener un hijo y el deber de la misma cosa iban penando esas mujeres que mordían cucharas y mordían birromes, y formaban largas filas ante psicoanalistas y pedicuras". Con su mirada agradablemente desnaturalizada, con su egoísmo, su frío y su pasión, su poder y su fragilidad, Mariana Dimópulos demuestra que la matemática es poesía planteando en *Pendiente* una bella derivada sobre el existir de las mujeres. •



Una mujer tumbada con su hija. Foto: Jekaterina Nikitina / Getty Images

nidad ni a las del orden cronológico de la narración. Una mujer acaba de tener un hijo, se tranquiliza resolviendo derivadas, nunca miente y, poco a poco, con su narración rota revisa algunas relaciones de su vida delineando una forma no tan excéntrica de identidad sexual. Los lectores descubren cosas que quizá no sospechaban y las lectoras acaso nos reconocemos en la desnaturalización. En ese reconocimiento hay cierta catarsis, pero también daño: una esquirola se clava en el ojo. La narradora de *Pendiente* no responde a la inercia de perpetuación, al vínculo con la naturaleza que se asigna a las mujeres: tierra, luna, maga, intuición, irracionalidad. Lo telúrico y lo doméstico. En la fusión de contrarios se mueve convulsamente esta voz, racional y dubitativa, que no prevé sus propias reacciones pese a haber hecho juramentos dentro de un gineceo rebelde: "No habría de casarme

Un país en el cenagal

Por Guillermo Altaras

CRÓNICA. NO ES CASUALIDAD que en el prólogo a *Queríamos tanto a Luis*, el periodista Ernesto Ekaizer cite *La comedia humana*, de Balzac. Con este fresco de casi 100 volúmenes, el inventor de la novela moderna trató de retratar la sociedad de su época, sus miserias y sus ambiciones, la lucha desatada por el poder y el dinero. Luis Bárcenas, exesorero del Partido Popular procesado por corrupción, podría ser un personaje de aquel relato. De hecho, ya ha sido objeto de una película y de una obra de teatro. Es difícil que un personaje que encarna como pocos una época en la que España se hundió en el fango de la corrupción no siga emergiendo en obras que van más allá de la actualidad diaria. En este caso se trata de un libro que responde a la mejor tradición del periodismo de investigación, que relata no sólo la historia de Bárcenas, sino también las tramas que rodearon al personaje, desde la publicación de sus famosos papeles por parte de este diario hasta los movimientos desde el Gobierno para tratar de frenar investigaciones judiciales, pasando por la correspondencia entre el presidente del Gobierno y el tesoro caído en desgracia. "Luis. Te entiendo. Sé fuerte", el SMS que Mariano Rajoy envió a Bárcenas.



Queríamos tanto a Luis
Ernesto Ekaizer
Temas de Hoy
Barcelona, 2015
376 páginas
19,90 euros

No importa que se hayan seguido de cerca las noticias. Es apasionante poder mirar por el ojo de la cerradura y percibir lo que ocurría en reuniones entre políticos del PP, que trataban de minimizar daños y ocultar corrupciones o sobrevivir a guerras internas. Se contemplan chantajes para introducir ciertos nombres en las listas electorales a cambio de silencios o se puede seguir el proceso de publicación de los papeles por parte de EL PAÍS.

La historia de Bárcenas está jalonda de momentos dignos de los Monty Python. El exesorero y senador del PP, que había negado incluso a sus abogados que escondía dinero en Suiza, tuvo en marzo de 2010 la feliz idea de irse a esquiar a Alaska, en un viaje para millonarios en el que los deportistas son trasladados en helicópteros a cumbres vírgenes. Pidió a la gestora de una de sus cuentas en Suiza, que creía a salvo, que le entregase una Visa de 25.000 euros mensuales. Pero no cayó en la cuenta de que así activaba el mecanismo "persona expuesta políticamente" (PEP), pensado para tratar de frenar la corrupción de políticos, y alertó a la policía helvética pero también española. La historia de aquella tarjeta es mucho más que un error (o una estupidez): refleja la sensación de impunidad ante la corrupción que se apoderó de un país. Allí empezó todo, la justicia comenzó a tirar del hilo. *Queríamos tanto a Luis* refleja una triste comedia humana, uno de los momentos más bajos de la historia reciente de un país que pasó de manera ejemplar de una dictadura a una democracia plena, pero que no supo frenar la avaricia y la ambición despiadada que simboliza este tesoro caído en desgracia. •

Introspección desusada

Por Patricio Pron

NARRATIVA. OWEN SHEERS (FILL, 1974) creó en Gales y su primera publicación en prosa fue una no-ficción; ambas cosas lo asocian con Michael, el protagonista de *Vi a un hombre*, que es un exitoso "periodista de inmersión" cuando conoce a una corresponsal de guerra llamada Catherine, de la que se enamora. Catherine muere en Pakistán mientras se encuentra haciendo un reportaje y Michael regresa a Londres, a un piso prestado, a intentar superar su pérdida. Es allí donde conoce a los Nelson, que lo integran a una vida hogareña no tan idílica como parece, y es a su casa a la que entra la tarde en la que, en busca de un destornillador que les ha prestado, y al



Vi a un hombre
Owen Sheers
Traducción de Javier Calvo
Reservoir Books
Barcelona, 2015
368 páginas
19,90 euros

encontrar la puerta trasera abierta, destrozó sin quererlo la vida de todos ellos, también la propia.

En *Vi a un hombre*, Sheers se adentra en unos personajes que deben vivir con un dolor que no han deseado provocar pero que está implícito en sus acciones desde el principio. ¿Por qué Catherine decidió volver a correr riesgos? ¿Por qué Michael subió a la segunda planta de la casa de sus vecinos? ¿Qué vio allí? ¿De qué forma quienes matan pueden justificar ante sí mismos el asesinato? ¿Es

suficiente un eufemismo como "muerte accidental" para ocultar un crimen incluso a quienes lo perpetraron? ¿Por qué Josh no estaba en la casa aquel día en que Michael fue a buscar su herramienta? ¿Qué potencias y qué verdades íntimas liberan en nosotros las muertes de las personas que amamos? ¿Cómo se vive con el dolor que esas muertes provocan?

Owen Sheers confronta las certezas que nos rodean con el descubrimiento de que, al igual que la ciudad de Las Vegas, en la que transcurre parte de la acción (o Lehman Brothers, la compañía en la que trabaja Josh hasta su caída), esas certezas conforman un decorado siempre frágil. Lo hace con un libro de gran sutileza, con una capacidad de introspección desusada en la narrativa contemporánea y con una sucesión de golpes de mano que no pueden revelarse aquí a costa de exponer el tipo de secretos que la mayor parte de los lectores prefiere no conocer hasta la lectura. •